

Información bibliográfica

Alberto Ruiz de Galarreta, *La restauración de la política católica*, Valencia, Ediciones Santa Cruz, 2025, 230 pp.

En octubre del año 2022, centenario del nacimiento de don Alberto Ruiz de Galarreta y Mocoeroa (San Sebastián, 1922 - Valencia, 2019), comenzaba una andadura carlista en Valencia: un nuevo Círculo que tenía a don Alberto como patrón, y a cuyo nombre quisimos acogernos desde el primer instante. Era una manera de rendir un sencillo pero permanente tributo de gratitud al maestro y amigo de tantos carlistas, al que algunos de nosotros habíamos conocido y frecuentado en sus últimos años de vida en Valencia. Tratándose de un cristiano ejemplar, de una humildad sincera y de un celo apostólico incombustible, sabíamos que el mejor homenaje que podíamos prestarle, y el que más le hubiese complacido, no era la simple evocación abstracta de sus méritos –con ser tantísimos y tan granados–, sino la puesta en práctica de una acción política tradicionalista sostenida en el tiempo, al servicio de las ideas salvadoras a cuyo servicio él consagró su vida. El mejor homenaje, pues, era tomarlo no sólo como ejemplo histórico de militancia carlista, sino como inspirador práctico y concreto de una labor de formación doctrinal que sirviera al tiempo como vi-vero de vocaciones políticas.

Durante estos últimos tres años de actividad ininterrumpida, su memoria, sus escritos y muchas anécdotas han ido salpicando nuestros encuentros y tertulias, animando nuestras modestas batallas contrarrevolucionarias; que, aunque limitadas por nuestros flacos medios y escasas fuerzas, hemos procurado dar con la mayor perfección y eficacia posibles. Y es que esta limitación no nos amarga ni entristece, pues aprendimos del maestro que la culminación de nuestros anhelos y deseos es obra de Dios. Él mismo decía: «Los carlistas no tenemos prisa y no nos importa morir sin ver el triunfo de la Causa, que imaginamos con visos de Parusía y escatología». Tenía una visión sobrenatural de la política y de la historia; miraba todo con un sano realismo, pero *sub specie aeternitatis*.

Nuestra tarea sigue avanzando, pero se nos imponía a varios cor-religionarios una misión que, sinceramente, creemos confiada por la Providencia: recopilar y dar a conocer los escritos de don Alberto

con la mayor calidad y elegancia que nos fuera posible, de tal modo que sirviesen como acicate en nuestro combate político cotidiano.

Este libro, pues, no es única ni principalmente un homenaje. Es el fruto del cumplimiento de un deber para con nuestro maestro: un deber de piedad, aunque sabemos que la deuda que tiene por objeto esta virtud excluye por naturaleza la posibilidad de su total satisfacción (*debitum impagabile*). Y también un deber en el orden intelectual. Pues su contribución al Carlismo ha sido resaltada, mayormente, en su valor como historiador –y realmente su tarea en este ámbito fue ingente e incomparable–; pero su dedicación al pensamiento político tradicional fue constante, y los esfuerzos con que se afanó en su cultivo fueron sobresalientes.

Quizá esta última afirmación pueda parecer, *prima facie*, un tanto exagerada, si comparamos la producción de Galarreta con la de otros grandes maestros del tradicionalismo español contemporáneo. Y, ciertamente, nuestro hombre no elaboró tratados políticos monográficos ni grandes síntesis sistemáticas. Pero se confundiría quien pensara que su obra carece de un «corpus doctrinal» sólido y coherente, pues éste se halla repartido, latente, en su extensa y prolífica ejecutoria como articulista. Y su interés y originalidad –incluso, muy a menudo, genialidad– no son menores.

Así, sin olvidar su *opus magnum* en 29 tomos (varios de ellos dobles), *Apuntes y documentos para la historia del tradicionalismo español (1939-1966)*, ni su libro *Más allá de la deontología médica*, nuestro propósito inicial es ir recopilando lo disperso, para explicitar esa contribución doctrinal al acervo de la tradición política católica. Cuantitativamente, no es aventurado pensar que, cuando completemos nuestra investigación, tengamos recogidos más de un millar de textos. Buena parte de ellos, sin duda, constituyen un extraordinario testimonio de lo que él llamaba sus «actividades *anti*»: de su oposición neta, de su denuncia intransigente y su combate sin tregua contra las consecuencias desastrosas del liberalismo, de la secularización obrada por las libertades de perdición y, especialmente, por la libertad religiosa. Sin embargo, esa dimensión «contrarrevolucionaria» no es meramente negativa, o simplemente crítica, sino que es funcional a un compromiso superior y trascendente que explica aquélla: el de instaurar y restaurar sin cesar la Ciudad católica contra los ataques siempre nuevos de la utopía malsana, de la revolución y de la impiedad (cfr. *Notre charge apostolique*, I, 11). Tal es la lección que nos enseñan los grandes próceres de la Tradición: su combate contra el error se explica y fundamenta en la

defensa de la verdad, y no a la inversa; es la Revolución la que agredió el orden natural y cristiano, por lo que el auténtico tradicionalista no queda en dependencia de aquélla. De este modo, la actitud psicológica y política del católico queda inmunizada contra el derrotismo y contra el celo amargo. Don Alberto lo expresó luminosamente: «Durante mi vida he alternado con frecuencia el ejercicio profesional con actividades “anti”. No me arrepiento, sino que prometo perseverar en ellas. Los imperialismos del Este y del Oeste han impuesto a nuestra generación deberes que cumpliremos sin temblar. Pero hay que saber hacerlo sin que se seque nuestro espíritu, sin renunciar a una mentalidad constructiva, sin inutilizarse para colaborar en el enriquecimiento y perfeccionamiento de nuestra civilización católica. En medio de tareas apresuradas y agrias, el estudio y realización de estas costuras de lo sobrenatural con lo natural, son un remanso de paz, donde el alma descansa, se esponja y crece mejor».

Unas palabras sobre los aspectos formales de este primer volumen. La selección ha sido realmente ardua. No sólo por el esfuerzo material de la búsqueda y transcripción, sino principalmente por el dolor que nos ha supuesto renunciar a cada uno de los artículos que no han sido finalmente compilados. Queda el consuelo de saber que, Dios mediante, no van a detenerse los telares del *Círculo Cultural Alberto Ruiz de Galarreta* ni de su sello editorial: Ediciones Santa Cruz. Y que, por tanto, más pronto que tarde, podremos tener entre manos un segundo volumen compilatorio, donde incorporaremos algunos de los que ahora hemos tenido que descartar.

Para objetivar al máximo los criterios de selección, hemos procurado evitar dos extremos: la dispersión temática y la excesiva reiteración. Respecto al primero, hemos tratado de «clasificar» los artículos en diversos apartados que den cuenta de la amplitud de temas que abordó en su vida, todos en torno a la mirada tradicional sobre la sociedad y la política cristiana. En cuanto al segundo, en un cierto grado, es inevitable, pues la cuantiosa producción de don Alberto se expande por un periodo de tiempo muy amplio, desde el año 1955, en el que hemos encontrado su primera contribución, hasta su muerte en 2019, año en el que todavía seguía enviando artículos a diversas publicaciones. Más aún, la reiteración tiene también un aspecto positivo en la obra de Galarreta: por un lado, sirve para identificar aquellos temas que estimaba más importantes y principales, distinguiéndolos de aquellos que consideraba derivados de los primeros; por otro, responde a una componente

pedagógica de su apostolado, ya que su reiteración rara vez era una mera repetición literal, y contribuía a volver sobre unas mismas enseñanzas, fijándolas y aclarándolas, agregando matices y acentos en función de la ocasión o el acontecimiento que suscitaban su reflexión doctrinal.

Respecto al origen de los artículos recogidos en este volumen, cuyos detalles concretos pueden consultarse en las páginas finales del libro, hemos querido ofrecer una visión de conjunto de las distintas revistas en las que su participación fue más intensa. En primer lugar, la revista *Verbo*, en la que comienza a escribir tempranamente, a partir de 1967, y cuya colaboración se mantuvo hasta el final de su vida. *Verbo*, que se define como una revista de formación cívica y de acción cultural según el derecho natural y cristiano, y que ha mantenido insobornablemente esa línea de claridad intelectual desde su fundación hasta hoy, dio cobijo a numerosos artículos de nuestro hombre, especialmente relacionados con la proyección social de la profesión médica, sectas, nueva derecha y unidad católica. Puesto que tenemos proyectado que varios de ellos den lugar a uno o dos volúmenes monográficos, en esta primera entrega sólo hemos incorporado un texto, imprescindible, sobre las relaciones entre el tradicionalismo español y el régimen del General Franco.

Hemos hecho también una selección de artículos publicados en *El Pensamiento Navarro* durante los años en los que la participación de Galarreta fue más asidua (1974-1975). Tan sólo en estos dos años, el diario carlista publicó 73 artículos de Galarreta, de los que hemos compilado 9 en este primer volumen (más otro de 1980).

No podía faltar una representación de sus colaboraciones en el quincenal *Siempre p' delante*. De los primeros 100 números (publicados entre los años 1982-1985), hemos elegido otros 10 artículos para esta primera publicación. Ambos nos parecían números redondos, e iremos avanzando en orden cronológico en sucesivos volúmenes, Dios mediante.

Sobre la revista *Boina Roja*, de la que recogemos un artículo que hemos considerado fundamental, Galarreta dejó escrito: «Era la de mayor difusión de la Comunión Tradicionalista y estuvo siempre libre de infiltraciones progresistas, quizá porque, aunque dentro de la disciplina de Don Javier, se alineaba con el Requeté y no era nada asequible a los secretarios de Don Carlos Hugo. Es como decir que luchó cuanto pudo en favor de la Unidad Católica, recogiendo en todas partes artículos y noticias sobre el tema».

De la revista *¿Qué Pasa?* recogemos 12 colaboraciones especialmente significativas. Esta publicación, también en palabras de don Alberto, aunque «antiprogresista y de gran audiencia, era, por otro lado, explícitamente franquista». Lo cual explica que sus colaboraciones en ella se centraran en el combate contra el modernismo que eclosionó con ocasión del Concilio Vaticano II, aunque tampoco faltasen textos de riquísimo contenido político.

Dos artículos muy interesantes han sido entresacados de una publicación que cayó en nuestras manos gracias al presbítero valenciano D. Francisco Suárez, que nos cedió un pequeño tomo en el que estaban encuadernados varios números de una revista de difusión limitada titulada *Guías. Información y directivas del apostolado castrense*. Desde su ingreso en la Marina, en 1950, Ruiz de Galarreta trató de colaborar en el apostolado militar. Corría el año 1955 y en algunos cuarteles se había encontrado material pornográfico. El arzobispo castrense Mons. Alonso Muñozerro publicó una carta contra la pornografía en los cuarteles y algunos remedios cuya práctica había que vigilar. A propósito de ello, don Alberto publicó en dos entregas un análisis de gran finura espiritual y sentido práctico: «¿Tenemos conciencia informativa?».

De la revista *Iglesia-Mundo*, en fin, recogemos tres artículos. Dos de ellos fueron publicados en el número dirigido por el Prof. Miguel Ayuso destinado a conmemorar la Cruzada de 1936 en su cincuentenario, y un tercero apareció en el monográfico –también dirigido por el Prof. Ayuso– dedicado al centenario del III Concilio de Toledo y la Unidad Católica de España.

Parece este el lugar más propicio para agradecer de todo corazón a don Miguel Ayuso que generosamente nos haya permitido reproducir su artículo sobre «Alberto Ruiz de Galarreta en el tradicionalismo español», con el que abrimos este primer volumen. En él traza una etopeya realmente penetrante del que fue su maestro y amigo, captando los rasgos más esenciales de su incomparable fisonomía humana y política.

Por último, hemos de referirnos, siquiera brevemente, al contenido que se le ofrece al lector en esta compilación. Como antes sugeríamos, en los escritos de Galarreta encontramos una apurada síntesis del pensamiento político tradicional, pero no de un modo sistemático ni metódico, sino diseminado en cientos de artículos a propósito de temas coyunturales, de mayor o menor relieve según los casos. Algo que le asemeja con otros grandes publicistas carlistas es la capacidad para blandir la espada de los grandes principios

y proyectar su luz sobre los problemas contingentes que plantea la experiencia contemporánea. En nuestro autor destaca, sobremañera, la intención combativa: no se trata, de ninguna manera, de un erudito, ni siquiera de un teórico, sino de un buen conocedor de los tesoros que esconde la doctrina tradicionalista y que, consciente sus riquezas, hace uso de ellas con una clara intención de eficacia política, de operatividad contrarrevolucionaria *hic et nunc*, al servicio de la Causa en que militó toda su vida.

La división por capítulos temáticos es puramente instrumental y orientativa, pues en la manera de hablar y de escribir de don Alberto había una clara conciencia de que entre las grandes cuestiones doctrinales del pensamiento tradicional existía un nexo, una trabazón –«como las cerezas», en expresión suya– que los hacía formar parte de una cosmovisión indivisible. Un tema inevitablemente conducía a otro de manera rapidísima, incluso en la conversación con él, sin por ello abandonar la unidad ni perderse «por las ramas».

Sin ninguna duda, el asunto central en torno al cual giran y se estructuran todos sus escritos –el que les otorga la unidad interna y que es como el alma o principio formal de su obra (escrita y no escrita)– es la defensa de la fe católica en su proyección política y social; el recordatorio de que la base y fundamento de toda sociedad (y muy especialmente de la española) es religiosa; la insistencia oportunamente machacona en que la virtud de la religión implica unos deberes comunitarios, no sólo personales. En una palabra: la exaltación del buen combate por el Reinado social de Cristo y la unidad católica de España. Esta centralidad no sólo está implícita: el propio Galarreta la explicitó constantemente, subrayando a cada paso la integridad y radicalidad de la auténtica guerra –el Reino de Cristo frente a la apostasía liberal– y denunciando las que denominaba «batallitas-pamplinas» conservadoras y democristianas, recortadas a simples escaramuzas o luchas parciales; destinadas al fracaso –o a una victoria pírrica, transitoria, necesariamente endeble– cuando no se conciben como ecos o concreciones de aquella batalla principal (cfr. «Las batallitas de los liberales católicos», «La R.A.M. se pronuncia contra el aborto» o «La “protección” de la familia»). Más aún, añadimos por nuestra cuenta, si consideramos que tales batallitas se dan, casi siempre, en dependencia directa o indirecta de los principios y premisas modernas. Tal es el caso de la hoy tan cacareada «batalla cultural».

Como el envés de esta cuestión capital y absolutamente central, encontramos la identificación de la raíz de todos los males

que nos acometen en la moderna libertad de conciencia y de cul-
tos: aceptadas éstas, ¿qué mal no se podrá aceptar y bendecir?
El permisivismo moral, la devastación de las sanas costumbres, la
voladura de las mejores tradiciones españolas, el desarraigo pa-
trio, la expansión y «legalización» de las mayores aberraciones
nacidas de la impiedad religiosa, impuesta bajo los falsos ropajes
de «neutralidad» y apuntalada por la libertad de proselitismo
para las sectas, para las pseudo-espiritualidades de la *new age*,
para las falsas religiones (véase, *v.gr.*, «El boom del yoga» o «Mo-
numento al sol»).

A continuación, hemos querido incorporar unos cuantos tex-
tos (como «Hacia un nuevo Dos de Mayo» o «La europeización
de España») –muy expresivos, pero apenas un simple botón de
muestra– del filón antieuropeísta que Galarreta explotó con tanta
constancia y pugnacidad como sus conmillones carlistas. O in-
cluso más, dada su longevidad. En efecto, pese a que a veces se
ha pretendido que la crítica a *Europa* como sucedáneo laico de
la Cristiandad fue una simple «ocurrencia» personal patentada
por Francisco Elías de Tejada, lo cierto es que este maestro se
inscribe en la misma estela de Rafael Gambra, Álvaro o d’Ors o
Francisco Canals. E incluso de Federico Wilhelmsen y José Pedro
Galvão de Sousa. De hecho, de los dos primeros hay tempranísi-
mos escritos en tal sentido. En apretados párrafos condensa don
Alberto esta significación antieuropea del Carlismo: «Durante la
Guerra de la Independencia los afrancesados ponen de manifies-
to la grave dimensión que discretamente había ido adquiriendo
ya la tendencia a europeizar a España. Durante todo el siglo XIX,
el Carlismo, no solamente en las guerras carlistas, es la defensa
de la España católica y castiza contra la europeización que re-
viste la forma política del liberalismo o Derecho Nuevo nacido
de la Revolución Francesa. [...] [I]niciada la Cruzada de 1936, la
europeización de España cambia su fisonomía política y adopta
el mimetismo de la moda europea nazi y fascista, contra la que
también resiste el Carlismo».

Otro tema muy querido por Galarreta, y que él en cierto modo
consideraba como una de las piedras de toque para distinguir al
auténtico tradicionalista (cfr. «La obsesión antiforal»), es la defen-
sa de la composición realmente orgánica de la sociedad, de la au-
téntica representatividad política y de la autonomía de los cuerpos
intermedios. Especialmente en sus agudos análisis sociológicos
(y particularmente en su crítica a la medicina estatalizada), brilló

muy a menudo su cerrada vindicación de la subsidiariedad y de la libertad para cuantas asociaciones persigan fines legítimos, acordes con la ley natural. En este primer volumen, sin embargo, rescatamos sólo unos pocos artículos centrados en la *foralidad* como principio y como realidad práctica, expresión de la pluralidad político-jurídica y consuetudinaria de las regiones españolas frente a cualquier veleidad nacionalista o centralista, completamente ausentes en la obra de don Alberto.

Por último, y en gran medida en conexión con lo anterior, encontramos no pocas requisitorias al régimen de Franco: sin pretender ser exhaustivo ni sistemático, nos ofrece una panorámica realmente valiosa e inteligente en «El tradicionalismo político y el régimen que cronológicamente siguió al 18 de julio»; pero lo cierto es que puede rastrearse, aquí y allá, en multitud de escritos y en diferentes épocas, una crítica (latente o explícita, según los casos) a los puntos en que más se distanció el Gral. Franco del tradicionalismo –y especialmente de aquellos que falseó o abandonó tempranamente–, e incluso una crónica fidedigna de la marginación (cierre de Círculos, secuestro de prensa), y persecución más o menos cotidiana (multas, cárcel, destierro) que sufrió el Carlismo cuando aspiró a tener operatividad política real, sin contentarse con evocaciones retóricas vacías, juegos florales o recreaciones históricas. De los textos aquí recogidos podemos destacar «Los Círculos Carlistas y el Decreto-Ley de asociaciones», así como los comentarios que ofrece al respecto en sus «Recuerdos de la guerra», entre los cuales se encuentra éste: «La unificación y Franco acabaron con nosotros. Durante la Segunda República, al carlismo se le freía con detenciones, con asesinatos, con multas, con clausuras de locales y periódicos... nos hacían todo el daño que podían, pero eran heridas accidentales, graves pero no mortales, de las que con sacrificio y entrega lográbamos recuperarnos. La República nos intentó hacer desaparecer, pero no suspendió el ente Comunión Tradicionalista. Sin embargo, por el Decreto de Unificación, Franco nos asestó una herida mortal de necesidad: nuestra desaparición como ente y como grupo político. No nos asestó heridas accidentales, nos negó el ser por el Decreto de Unificación, y con ello hirió de muerte al carlismo».

Llamativamente, a diferencia de otros pensadores carlistas (que desde actitudes muy críticas con el régimen de Franco atenuaron sus posicionamientos para volcar sus esfuerzos en la denuncia de la «transición» y la subsiguiente democracia como

fenómenos profundamente anticrísticos), el caso de Galarreta es nuevamente ejemplar en su perseverancia sustancial de juicios y criterios, asemejándose también en esto a la actitud de Gamba: don Alberto –que nunca dejó de oponerse con gran claridad y valentía a cuanto hubo de antitradicional en el franquismo, ni dejó de señalar constantemente sus muchas contradicciones e incoherencias–, aprobada la Constitución de 1978 continuó con su crítica (no por ponderada y razonable menos neta) de algunos aspectos medulares del Estado franquista, en los que podemos ver antecedentes de la democracia que hoy padecemos.

Puesto que no hemos de extendernos más, permítanos el amable lector que concluyamos deseándole una muy provechosa lectura, no sin antes citar unas palabras entrañabilísimas que el mismo don Alberto escribía a propósito de su compromiso con el Carlismo y que son un excelente colofón a esta presentación y un magnífico pórtico a sus escritos: «Ahora, ya en el umbral de la muerte por la edad, pienso que el día en que comparezca ante el tribunal de Dios, aunque me acojo a su misericordia antes que a nada, puesto a hablar de algún mérito en mi vida, ese es el ser y haber sido carlista desde los tiempos difíciles».

P. Juan RETAMAR, Juan MONZÓ Y Juan OLTRA

José Miguel Gamba, *Escritos políticos*, Madrid, Consejo de Estudios Hispánicos Felipe II, 2025, 175 pp.

Cuando los editores le remitimos el borrador inicial de esta compilación al Prof. José Miguel Gamba, éste, con su humildad consueta, nos expresó francamente sus dudas acerca del valor y actualidad de los textos recogidos. Y, ya en marcha el proceso de maquetación, pero ralentizado por culpa de quien firma estas líneas, el profesor nuevamente nos invitó a no preocuparnos en exceso por sus escritos, pues, según nos decía, «ni valen la pena ni corren prisa alguna».

Sin embargo, estamos objetivamente ante un libro necesario por muchos y muy fundados conceptos. Mencionemos sólo los dos motivos principales. En primer lugar, y, sobre todo, por la calidad moral e intelectual de su autor: un maestro consumado de la tradición católica, que ha consagrado su vida y su prestigio a la restauración del orden político cristiano y a la difusión de los saberes clásicos en un mundo que no sólo es descreído, sino conformista, y que,